27.27

Jordi Solé Tura

«El amor es una aventura cotidiana»

De chico de pueblo que trabaja como panadero, a catedrático y Ministro de Cultura aficionado a las escapadas al Círculo Polar Artico, Solé Tura posee una trayectoria muy poco habitual.

ANA ROSA QUINTANA. FOTOS: GLORIA RODRIGUEZ

Las panaderías huelen a mañanas limpias, a días hermosos. Ese olor nunca lo va a perder **Solé Tura,** un autodidacta al que le sigue costando trabajo dividir. Hay algo de aquel **Jean-Louis Trintignan** tierno y suave en este ministro atípico al que siempre imaginas en ropa de verano, de vacaciones, recién desayunado, dando un paseo por el pueblecito, a eso de las diez de la mañana, cuando todo está en calma. Panadero y atleta en la primera recta; catedrático al coger la curva del doscientos; ministro al rebasar los trescientos; feliz, tranquilo, totalmente relajado al pisar la meta, después de la aventura del despacho. Es un hombre equilibrado, un *cuatrocientos* típico, con velocidad mantenida, orgulloso de su hazaña. Y tiene razón en ser así. Un chico de pueblo que llega a la universidad y termina, y recupera metros y metros apretando los dientes, superando corredores, no es la historia española de todos lo días. Me parece que los mil quinientos, la prueba reina del atletismo, le está aguardando. ¡Ojo, **Anguita, Morccelli, González, Fermín Cacho** y el resto de la élite, un panadero se acerca, y sin liebre! El futuro pasa por este hombre tímido, romántico y soñador. *Padre de la Constitución.* Récord.

—En más de una ocasión Vd. ha dicho que ha llegado tarde en su vida a casi todo. ¿También llega tarde a ser ministro?

—Todos deberíamos llegar más o menos a esta edad. Es cuando se empieza a tener experiencia de la vida. En cuanto a la frase, es verdad, mi vida ha sido de una manera muy atípica, todo lo he empezado muy tarde. Mi infancia estuvo marcada por los últimos coletazos de la guerra civil. Entran los franquistas en el pueblo y, de la noche a la mañana, todo cambia. Lo que yo había aprendido era exactamente lo contrario de lo que me enseñaban. No pude aguantar aquello, dejé el colegio, me fui a trabajar de panadero y estuve haciendo pan hasta los 21 años. Académicamente estaba todavía en la primaria. O sea, empecé tarde.

—No es muy corriente que un panadero con estudios de primaria se convierta en catedrático, intelectual y llegue a Ministro de Cultura. ¿Cómo se produce esa metamorfosis?

—Lo he pensado, creo que se debe a varias circunstancias. Por una parte mi familia; mi tío fue el último alcalde republicano del pueblo y sufrió la persecución, la cárcel, el exilio... Eso me marcó mucho. Luego porque quedaba algún rescoldo de gente que había luchado con los republicanos y éramos quienes manteníamos la cultura. Aunque no estudié, desde pequeño leí mucho, sentía una gran curiosidad por las cosas. Un día me dí cuenta de que se me había olvidado dividir, entonces tuve un trauma tan grande que fui a una maestra de escuela que daba clases de repaso en el pueblo y le dije «no me acuerdo de dividir»; volvimos a hacer un poco de repaso y ella me dijo «lo que tienes que hacer es escribir, porque escribes muy bien». Aunque trabajaba de pana-

«Yo sufría muchísimo en mi propia carne todas las prohibiciones del franquismo sobre la libertad de movimientos. ¡Se llegó a prohibir hasta la sardana!»



YA ES PRIMAVERA

¡Qué maravilla!

El Corte Inglés

SEPARATA DE MODA

FIRMAS INTERNACIONALES

ANNALISA FERRO

BURBERRYS

GEORGES RECH

GUY LAROCHE

LASSERRE

MARIELLA BURANI

NACHO RUIZ

OLIVIER STRELLI

PIERRE BALMAIN

POLVERE

ROBERTO VERINO

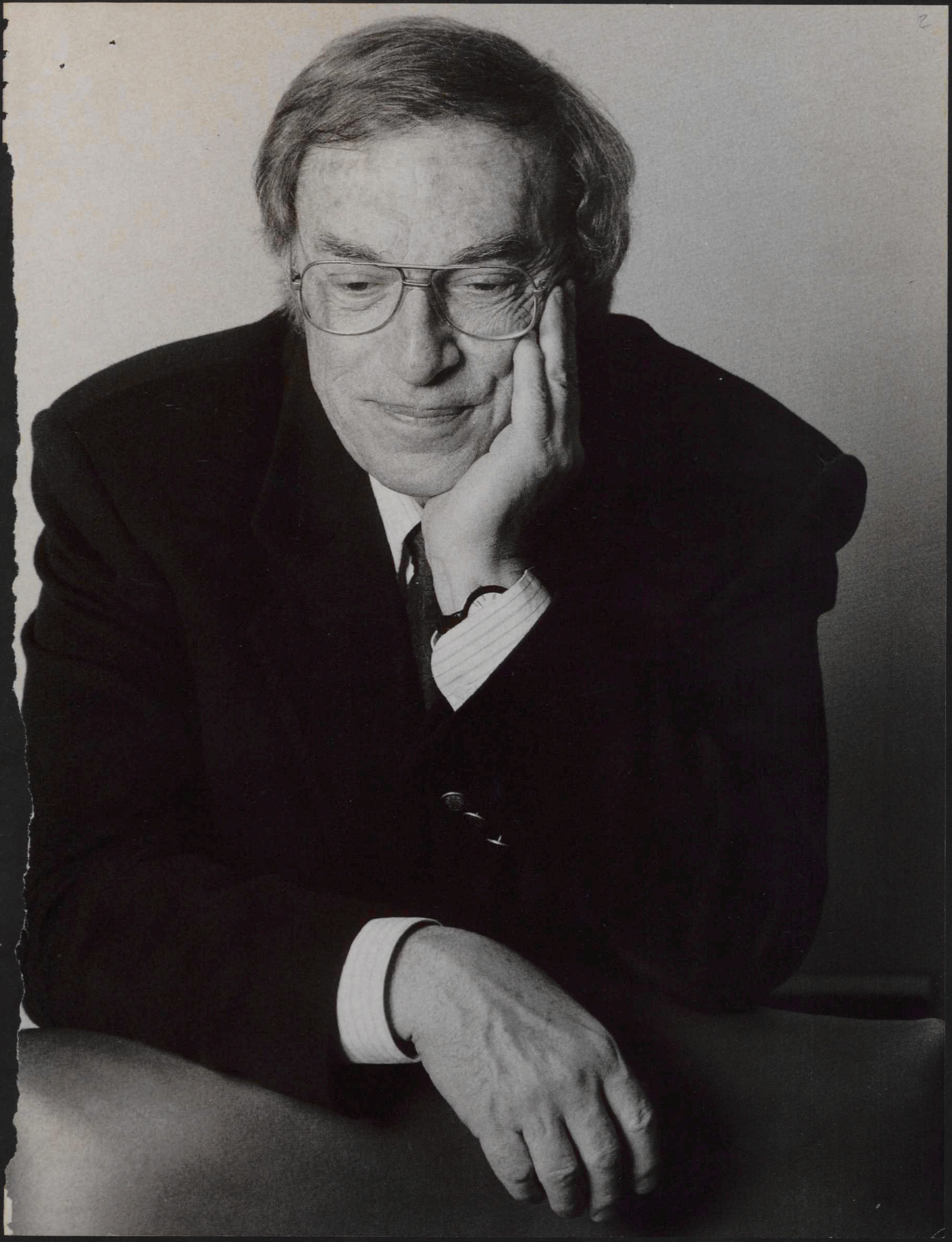
SYNONYME
DE GEORGES RECH

EL CORTE INGLÉS

Barcelona'92

Socio Colaborador

PATROCINADOR OFICIAL
EXPO'92 SEVILLA



dero leía muchísimo y aprendí idiomas por mi cuenta. Supongo que fue esa curiosidad la que me mantuvo vivo hasta que un día dije «quiero otras cosas».

—En ese momento no era muy habitual ir a la Universidad, y menos un chico de pueblo que trabajaba de panadero. ¿Cómo se mantenía? ¿Quién pagaba sus estudios?

—Realmente entonces sólo iba a la Universidad una exigua minoría. El bachillerato lo hice muy rápidamente y, justo cuando terminé, me licencié de la mili. Entonces me marché a estudiar derecho; daba clases en una academia y, con eso y una pequeña ayuda de la familia, iba aguantando. Pero fundamentalmente con lo que ganaba dando clases.

UN HOGAR DE IZQUIERDA

—Su formación política, sus ideas, ¿las descubre en la facultad, o son también una tradición familiar?

—Eso viene por una tradición familiar; la familia era de izquierda republicana, sufrió mucho en la posguerra. Luego mi propia experiencia; sufría muchísimo en mi propia carne todas las prohibiciones del franquismo sobre la libertad de movimientos, sobre el catalán... ¡En un momento determinado se llegó a prohibir hasta la sardana! Cuando esas cosas, a pesar de las prohibiciones, se volvieron a poner en marcha, se suscitó en mucha gente una enorme animosidad contra los que prohibían aquello. Contra los que imponían presiones desde un punto de vista religioso, en el terreno sexual... Yo tenía un enorme afán de rebelión, era una rebelión muy pro-catalana, de reivindicación de aquello que se nos negaba.

—Durante el franquismo la única oposición real estaba nucleada en torno al partido comunista...

—En mi caso fue así. Me empecé a interesar en eso en la Universidad. Allí tuve una gran conmoción mental, muchas ideas nuevas me cayeron encima al mismo tiempo, lo que me llevó a veces a situaciones de angustia personal porque descubría muchas cosas nuevas sin tener resueltas las viejas. Imagínese a un chico de pueblo que llega a la Universidad con poca formación. Leí todo lo que me cayó en las manos de una manera dispersa.



Más que una conmoción fue un cacao mental que me estimuló en muchas cosas y me desorientó en otras. Entonces empecé a pensar algo que luego he mantenido siempre, que la causa de las libertades en Cataluña no estaba separada de la causa de las libertades en el resto de España.

—¿Le queda algo de chico de pueblo?

—Muchísimo. En el fondo todavía lo soy, con eso no quiero hacer esnobismo. Me descubro muchas veces a mí mismo en momentos importantes de mi vida política pensando «bueno, si soy el panadero de Mollet».

—A la hora de tomar decisiones difíciles, cuando uno se juega el futuro, ¿qué pesa más, los razonamientos del intelectual o los que ha aprendido de pequeño, la sabiduría del pueblo?

—Las dos cosas en definitiva acaban formando la personalidad de cada uno. Soy inseparable de mi vida adolescente en mi pueblo, pero también de lo que me ha pasado después.

—¿Es muy casero, muy familiar?

—En el sentido de hogareño, no. Con mi mujer tengo un modo de vida que nos viene dado; tenemos mucha libertad de movimiento, somos maduros. Llevamos ya muchos años viviendo juntos y nos conocemos muy bien; nos queremos, somos un matrimonio que en ese sentido está funcionando muy bien, porque nos queremos y nos tocamos, cosa que es muy importante en la pareja. Yo estoy satisfechísimo de mi vida familiar, muy contento y me siento feliz al lado de mi mujer.

—Woody Allen en su última biografía dice que los más parecidos a la Mafia son los intelectuales, porque, como la Mafia, se matan entre ellos.

—Pues tiene bastante razón (se muere de risa), pero no son las únicas categorías, también hay otras que se matan entre ellos.

UN ARBITRO DESDE EL MINISTERIO

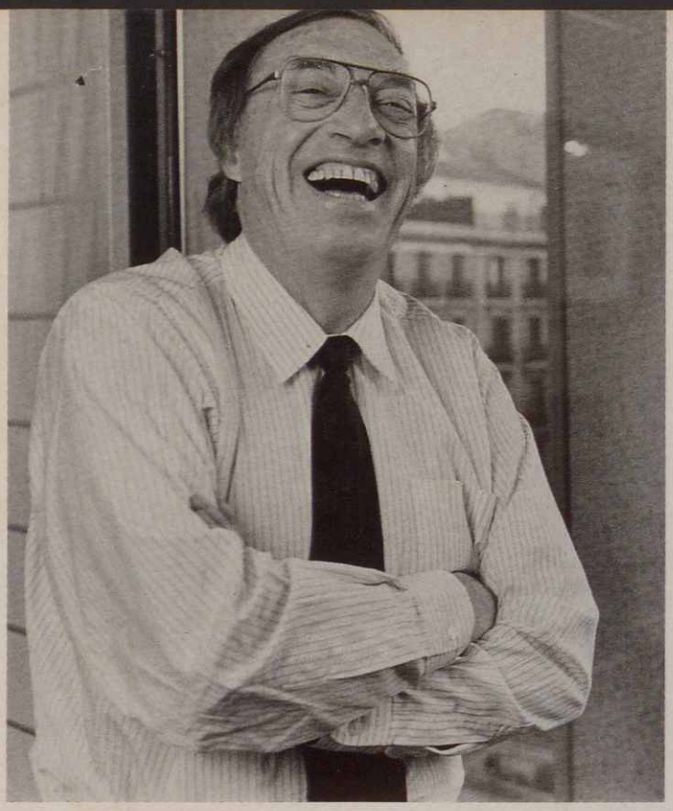
—La élite intelectual española no es muy numerosa y, sin embargo, está nucleada en infinidad de grupos, con intereses encontrados. Supongo que es muy difícil aunar todos esos intereses desde el Ministerio de Cultura...

—Pero eso no es de ahora, es de siempre. Lo que llamamos el intelectual, el creador, el artista, es por definición una persona que trabaja solo o en compañía de pocas personas y eso crea una determinada mentalidad, muy competitiva pero sin los mecanismos tradicionales de la competencia; no dispone de gran poder económico, ni de grandes medidas de presión y por eso se ve obligado a valorarse mucho a sí mismo, es consustancial con su tarea. Eso no es algo privativo sólo del intelectual.

—Hay bastantes opiniones en contra de que exista un Ministerio de Cultura; incluso flota en el ambiente la idea de que no va a durar mucho tiempo más. ¿Vd. cree que es necesaria la existencia de este Ministerio?

—Creo en la necesidad de un Ministerio de Cultura en el sentido de un ministerio capaz de buscar el entendimiento entre las diversas situaciones, de los diversos intereses, las corresponsabilidades de cada uno. Lo que no creo es que deba ser un ministerio de concepción centralista que se encargue de la cultura general de España. Hemos hecho una opción distinta: tenemos un sistema de autonomías, todas ellas con competencias en cultura.

—Cuando terminen de pasar las transferencias a las autonomías, este ministerio se puede encontrar vacío de contenido...



—Yo creo que la cultura española no es la suma mecánica de 17 culturas autonómicas, y ese es el papel del ministerio, contribuir a que lo que hay en común aparezca. El Pacto Autonómico y el Tratado de Maastricht son dos grandes acontecimientos. Por el Tratado de Maastricht, los Ministros de Cultura ya tenemos competencias europeas y vamos a gobernar directamente en Europa como lo han hecho hasta ahora los Ministros de Hacienda.

—Hay una opinión muy extendida de que todo el mundo en su juventud es revolucionario, y pasando de los cuarenta se vuelve más conservador. ¿A usted le ha pasado?

—No sé si he sido más revolucionario de joven o más conservador de mayor. Lo que ocurre es que adquieres una experiencia de la vida que te obliga a no ver las cosas exactamente igual. Y, en el fondo del fondo, creo que no he cambiando. Las cosas por las que me metí en la política son las mismas que me permiten continuar en política. Lo que ha cambiado, y es muy importante, es que el franquismo ya no existe. Yo me metí en política cuando era estudiante porque me parecía intolerable el franquismo; quería que España fuese un país más rico, más democrático, más abierto, que saliese de su aislamiento tradicional; quería que la gente fuese más libre, más tranquila, que tuviese más medios, que no hubiera tantas diferencias de clases, que hubiese la mayor igualdad posible, que no hubiese discriminaciones frente a las culturas, frente a las lenguas. Los grandes ideales que tenía son los que tengo ahora.

«No me gustaría más estar en la oposición. Puede ser personalmente más divertido, pero las cosas se deciden desde este lado».

—¿Es más divertido estar en la oposición?

—No, no, no, no me gustaría estar en la oposición, parece que hay gente que sí, que les gusta más, pero a mí no me divierte por una razón muy sencilla: estar en la oposición puede ser personalmente más divertido, asumes menos responsabilidades, tienes más libertad para criticar, arrear contra todo lo que tu crees que hay que cargarse, pero las cosas se deciden desde este lado. Lo importante es decidir las cosas.

—También se está en el ojo del huracán. ¿Qué tal lo lleva?

—Es duro si no tomas distancias respecto a las cosas que te rodean, si te dejas implicar demasiado en el aspecto personal. Pero si consideras que estar en el ojo del huracán es no tener capacidad para resistir una crítica fundamentada, es mejor que te apartes. Hay que tomar las cosas no en función de si atentan a mi honor o a mis ideas personales; lo que yo hago no es en nombre sólo de mí mismo, sino de mucha gente, de un colectivo de los que me han votado, del Partido Socialista, de un proyecto.

UN AMANTE DEL ESQUI DE FONDO

—Es Vd. bastante tranquilo, resposado, da la impresión de no perder la calma con facilidad. Cuando llega ese momento de no aguanto más, ¿qué hace?, ¿cómo reacciona?

—Me voy a hacer esquí de fondo y pego unos gritos, casi nunca en público; aunque a veces, muy pocas, me he indignado tanto, que hay gente que se ha quedado sorprendida. Cuando exploto, exploto. Un remedio muy eficaz es cogerse los esquíes, irse a patinar a un bosque nevado. Una solución muy mala y muy desagradable es coger un poco de *depre*.

—¿Ha tenido alguna vez una *depre*?

—Claro, como todo el mundo.

—¿Cómo combate las depresiones?

—Cambiando las circunstancias.

—¿Se mantiene imbatido su récord de 400 metros?

—Eso me han dicho. Me gustan mucho los 400, ese récord lo hice una vez en una final o una semifinal de un campeonato de Cataluña, terminé *grogi*.

—¿Qué será lo primero que hará cuando deje de ser ministro?

—Me iré de viaje a un sitio donde ya he estado, las islas Spitchberg en el Círculo Polar Artico, a acampar en el hielo.

—Debe de ser la materialización de la soledad.

—En los lugares más insólitos todavía te encuentras gente. En un viaje que hice con mi mujer en un ballenero llegamos hasta el límite de la zona navegable en el oeste de las islas Spitchberg. Te encuentras arriba del todo con un antiguo pueblo donde ahora viven cuatro o cinco científicos y, cuando ya no quedaba delante más que un poco de mar que daba al hielo polar, a las cuatro de la mañana, descubrimos en un rincón a un grupo acampado con unas canoas a remos.

—¿Su vocación frustrada es la de aventurero?

—Aventurero no, me gustan los hielos polares. Cuando estoy agobiado pienso en mi mujer, y pienso en estos parajes.

—¿Cree en la teoría de que el amor termina por consumirse?

—No, yo, como Snoopy, creo que el amor es una aventura cotidiana; él lo decía sobre la vida. El amor tiene que basarse en la autonomía de cada uno. El amor no funciona cuando uno de los dos se supedita al otro. Esa supeditación puede ser económica, puede ser afectiva, por la organización de la vida familiar... La cosa funciona cuando cada uno tiene su propia personalidad hecha, cuando tiene incluso su propia independencia económica. Cuando la relación es consciente y buscada, funciona.

—Le veo mandando notas de amor por el fax a su mujer.

—Casi, casi. De vez en cuando le hago poemas de amor. ▮

Estrategias para la edad

